**1**

Henry Morton Stanley levantó la mano. El mesero se acercaba, pero con un gesto le pidió otro whisky.

* Algunos periódicos han asegurado que Henry Hope no murió en 1861, que huyó a Cuba.
* Eso es una mentira.

Henry sacó su cigarrera y un encendedor dorado. Aspiró el tabaco y vio a otros hombres con smoking, en la misma postura.

**2**

John piensa en su madre, en los gestos que no conoció y se aferra a la almohada. Un halo se cuela por los pasillos. John piensa en Herbert, en sus brazos fuertes, en su uniforme de tercer año, en su voz rígida y cierra los ojos. Recuerda los años fuera. Las edificaciones se esfuman, las sombras se tergiversan por un escampado radiante, los pies en movimiento y el aire se cuela con olor a cabra. Escucha su nombre y con una mano en el aire confirma que en un minuto estará en casa. Gira la cabeza, ve el campo desolado, una carreta abandonada a la orilla de dos casas de un piso y un patio cercado por ropa secándose en alambres y estacas. Su abuelo entra a casa, el saco negro se bambolea entre el polvo y él acelera.

John reza en voz baja. El llanto de Phillip no lo deja concentrarse. John reza en voz alta, con las manos sudorosas se tapa los oídos y escucha las plegarias como tarareos.

**3**

* Deja eso.
* ¿Es tu pluma?
* Sí.
* Me gusta cómo huele la tinta. A arroz húmedo.
* Tápala. Se va a secar.
* Cuando sea tu cumpleaños te regalo una. ¿Qué color te gusta más, rojo o azul?
* No hay plumas rojas, Dorothy.
* Claro que sí. Hay verdes, amarillas, rosas…
* No de este tipo.
* ¿Cómo que de este tipo, explorador?
* Es una pluma fuente.
* ¿Entonces no quieres que te regale nada de cumpleaños?
* Como tú quieras.
* Yo quiero regalarte todo. Ayer pasé frente a una tienda—
* ¿Cuál?
* No te puedo decir, si no, no sería sorpresa. Y vi un regalo perfecto para ti. Cuando caminaba de regreso a casa me entristecí.

…

* ¿Recuerdas cuando los viernes caminábamos por las calles, con las cafeterías llenas y los teatros iluminados? Todo desaparecerá.
* Tengo que ir, Dorothy.
* No me llames Dorothy, Henry Morton Stanley.
* Sir Henry, Lady Dorothy.
* No te rías.
* No me río, Dor. Tengo que ir.
* ¿Cuánto tiempo dura el viaje?
* Dos meses.
* Australia queda muy lejos. El mar es peligroso. No quiero que vayas.
* Tengo que ir.
* No quiero ser viuda. Quiero vivir contigo, que le contemos a nuestro hijo del árbol en el que escribiste mi nombre… Abrázame.
* No llores. Dentro de poco estaremos juntos.
* ¿Y que haré sin ti..?
* Me esperarás.

**4**

Sir Henry Morton Stanley se despierta; siente el calor bochornoso de la siesta y se arrepiente de no haberse desabrochado la corbata. Se levanta del asiento y camina hacia el baño; cierra la puerta y se para enfrente del retrete. Con una mano orina, con la otra se sostiene de la pared, como si estuviera borracho. Los músculos no responden como antes. La espalda se tarda un momento en reaccionar, en plantar todos los músculos en sincronía; siente la nuca mal acomodada y se da cuenta que dormirse fue un error. Respira hondo, escucha cómo el agua se diluye y se ajusta la corbata. Camina por el barco, se para frente al tablero y escribe un telegrama, aunque en sólo dos días desembarcará. Le escribe a su mujer, con caligrafía célebre y emite un simple.

* Mañana en la noche llegaré.

La mujer recibe el telegrama. Llegará antes de lo previsto, tres días antes que la delegación inglesa. Revisa que la casa esté limpia, pasa un dedo sobre los muebles, se sienta en un sillón y lo siente demasiado oscuro, se levanta lento, se asila la falda y camina hacia la cocina. Grita los nombres de los empleados. Ellos abandonan las catacumbas, suben veloces y comienzan a limpiar. El jabón se cuela en todos los entresijos de la casa, aún los menos aparentes. Tiene que ser la esposa perfecta, lo que ello signifique, y en menos de un día debe tener la casa impecable, a los niños cerca y la cocina lista para encerrarse a esperar. Confía que la comida suena primero que el cochero y supervisa el cuarto de los niños, sin prender la luz. Atraviesa la sala, el comedor de caoba que le regalaron en su boda, la cocina, alba, y revuelve sus cosas hasta encontrar su cigarrera. Cuenta los cigarros, cree que faltarán, y prende uno sin sentarse. Aspira el humo y lo contiene inmóvil, aguza el oído, el cigarro se consume entre los dedos, y el silencio de la casa le asegura que aún no ha llegado. Se sienta. La cocina se estremece, la niñera despierta a los niños y ella, Dorothy, revisa un reloj.

Sir Stanley entra a la casa. Besa a Dorothy, saluda a Denzil Morton, su hijo, y les cuenta el viaje austral, las presentaciones de libros y degusta la cacerola que preparó Anne, la africana que importó de uno de sus viajes. Cuando termina de comer, Sir Stanley, se aleja de la casa, entra a su estudio y empieza a escribir los últimos detalles, lleva días trabajando en ese libro, el que contará sus últimos años, con nulos resultados, cuando escucha la voz de su mujer.

**5**

La primera vez que vio esa lámpara fue en su viaje de bodas. No podían llevársela, le arguyó Henry, seguro que él terminaría cargándola. La esposa siguió caminando con la cabeza ladeada hacia la pantalla transparente, el aljibe rojo.

Su cara se translucía con la luz directa. Los rasgos de la nariz se aligeraban y los labios se remarcaban entre una plasta de luz, el brillo de los ojos se desvanecía en olor carburante.

La conoció en una fiesta. Él hablaba de sus viajes por África, asustaba a las mujeres con descripciones de nativos y envalentonaba a los hombres al imitar rugidos en selvas oscuras. Ella lo observó con detenimiento. Cinco años después se casaron en la Abadía de Westminister. Ella le regaló un retrato, él le ofreció quedarse en casa.

Se fueron de viaje de bodas a Galés. Caminaron por calles antiguas y restaurantes al aire libre. Él recordó fechas que no le platicó, ella se sorprendió con el acento de los galeses. Cuando regresaron a Londres, compraron una casa. Él plantó los primeros árboles, ella colgó imágenes y juntos acomodaron la recámara con mañas previas. Ella se dedicó a tejer, él escribió sus memorias y los dos trataron de igualar edades. Cuando se conocieron ella tenía catorce años, le gustaba pintar y era rica; cuando se casaron él cumplió cuarenta y nueve y no volvió a explorar. En las noches ella leía *Daisy Miller*, de Henry James;él prefería *Salambó* de Gustave Flaubert. Ella quería dos hijos. Él tres. Ella le llamaba Henry. Él volteaba cuando llamaba al jardinero, un tal John. Ella creía que estaba envejeciendo. Nunca tuvieron hijos. Sus padres le reprocharon que adoptara, ella los escuchó con la decisión tomada. Le llamaron Denzil Morton Stanley. Su padre quería que le llamaran Charles como él; Stanley ocultó su apellido. A ella le hubiera gustado la eufonía en Denzil Rowlands.

Dorothy observaba la lámpara, los contrastes entre la luz amarillenta que se desplegaba hacia el cielo y el azul fuego que se colaba en la baldosa plateada. Pensó que sería un buen regalo por diez años de matrimonio.

**6**

* ¿Es usted el hombre que viajó a África? –preguntó una señora de cara espolvoreada.
* Sí –respondió Henry Morton. No le contó de los seiscientos africanos que murieron ante sus órdenes, mucho menos del olor de la selva.
* Conoce el Congo como la palma de su mano –afirmó Leopoldo II- Hasta los africanos le dieron un nombre. ¿Cómo te llaman, Henry?
* Bula Matari, su excelencia.
* ¿Biul Mata Hari? –preguntó la señora, intrigada.
* Bula Matari –repitió Henry Morton- significa demoledor de peñascos.
* ¿Por qué le dicen así? –preguntó, en eco de cuarenta y dos europeos con los que había platicado en las últimas reuniones belgas.
* Para penetrar la selva y delimitar el río, como su majestad me pidió –dijo, con deferencia- tenemos que derribar rocas, crear caminos.
* Llevarles el progreso –interrumpió Leopoldo II, con una copa de vino en la mano.
* Y a Dios –aseguró la señora de piel flácida y ojos aburridos.
* Por supuesto –explicó Stanley, en certero deja vú- civilizarlos.
* En cuanto conocen la palabra de Dios abandonan a sus dioses paganos. ¿No es cierto? –preguntó Leopoldo.
* Sí –respondía Stanley, regresando de evocaciones por selvas inhóspitas y noches de malaria.

La señora continuó con sus preguntas inútiles. El rey Leopoldo II de Bélgica y del Estado Independiente del Congo, platicaba con los invitados de honor. Stanley estrechaba manos delicadas y sentía miedo.

**7**

A esa hora, Stanley se despertó sobresaltado. El cabello húmedo, la camisa empapada. Acercó la mano temblorosa al buró. A tientas buscó el vaso con agua que la noche anterior había dejado. La mano descendió abrupta. Sin buró, ni vaso de agua. Levantó la mirada. No era el techo de su cuarto, no había una rata que en verano ronronea, ni una puerta que conducía a un baño enmohecido. Sólo una placa de metal que fracciona la luz que se colaba. Se incorporó y con el torso fuera de las cobijas vio la noche a través de una minúscula ventana. A lo lejos, la costa rodeada de mar. No escuchaba el golpear de las olas; deseaba beber marejadas. Salió del cuarto. Se asomó por el pasillo, el silencio ensombrecido por la luna. Caminó a tientas hasta llegar al baño. Tocó la puerta sin esperar una respuesta. Aun así, aseguró la puerta y tiró de la cadena pendular. Se rasgó el techo. Virutas de yeso cayeron sobre su cabeza que encanecía y el polvo le quemó la garganta. Abrió la puerta y su rostro trasnochado se reprodujo en un espejo. Todo sombras y ojos huecos. Abrió la canilla y las manos en cónclave esperaron el chorro de agua. Tendría que bajar. El ruido de la marea lo inundaba, detrás se colaba un sonido seco, como una orquesta de trombones.

En un par de meses llegaría a Europa, no sabe qué comentará.

8

Henry Morton Stanley sintió cómo la fría piel que cubría al mueble se trasminaba través de la bata fina, se sintió observado, con las piernas sobre un banco de metal y las piernas juntas, apenadas. Stanley observaba los dibujos y esquemas del cuerpo humano y se dio cuenta de que el consultorio era más frío que la sala de espera. Siempre creyó lo contrario.

Recordó las preguntas escuetas del reportero y la promesa de que mañana le contaría su vida. Se sintió indefenso, no le gustaba recordar su vida, y decidió parecer indiferente.

Observó la mesa de madera, las recetas, con el nombre en letras azules, dos diplomas colgaban en la pared y una máquina de escribir, con una hoja ahorcada por el rodillo. Henry vio la bata azul, el asiento color vino, las piernas velludas y el estrecho estómago que aún no le impedía ver sus pies, el suelo color arenisca. De pronto escuchó que la puerta se abría, volteó y observó a la enfermera que con una seña lo obligó a levantarse. Caminó detrás de ella, con pudor, por el pasillo blanco, iluminado y silencioso, que indicaba. Henry se sujetaba la bata y observaba el vestido blanco de la enfermera, el suéter gris y el peinado en chongo que no suavizaba los gestos bruscos. Giró a la izquierda, los zapatos blancos se veían muy cómodos, Henry sentía el frío piso y se sintió humillado.

La enfermera abrió una puerta amarilla y le pidió que se recostara en una cama. En unos minutos vendría el doctor. Henry sintió cómo una lluvia espesa de ácido se colaba por la garganta y le producía arcadas. Tuvo frío en los pies y apretó las manos, clavándose las uñas en la palma. Cuando decidió que no tenía por qué soportar la espera, en unos días sería nombrado caballero, y se levantaba, para irse, el doctor entró. La bata blanca, la insignia imperial bordada, la corbata negra y la camisa blanca, los zapatos lustrados y el bigote recortado, observó Henry y asintió. Impecable, como siempre.

* ¿Henry Morton o Sir Henry Morton Stanley? –preguntó, con deferencia.
* Aún no, esta semana será Sir.
* Felicidades, Henry –dijo, con tono suavizado.
* ¿Nació 28 de enero de 1841?
* Sí
* Mide: 1.65. Pesa menos que el mes pasado.

El doctor revisó las láminas, con la columna vertebral aclarada, y una nube junto al estómago. Dejó las radiografías sobre la mesa y caminó hacia Stanley. Stanley Rowlands observó los labios del doctor, la boca que se expandía en bocanadas y se agitaba como si gesticulara con lápiz labial. El paso de las enfermeras, pasos firmes como si trataran de agrietar la loseta con el tacón, se colaba. Una puerta se abrió y cerró con delicadeza, a lo lejos. El doctor continuaba explicando.

* ¿Me entendió? –dijo el médico, con los ojos sobre el rostro bobalicón del galés, tratando de encontrar una reacción.
* Sí. El cáncer aumentó, es inoperable, de 4 a 6 meses, con suerte.

John Rowlands se quedó observando fijo una fotografía que se encontraba a la altura del hombro del doctor. En la imagen aparecía un hombre con gestos de contraluz, con ojos deslumbrados y surcos en la frente.

* Lo conocí hace dos años.

El médico se le quedó viendo, sin entenderle.

* El rey Eduardo VII –repite Stanley, apuntando con el dedo la fotografía.

El médico volteó, observó la imagen como nunca la ha visto, con extrañeza, y regresó la mirada al paciente. John observaba la imagen.

* Recuerdo esa noche. Platicamos de animales de caza. Le conté cuántos kilos de marfil extraje en África. Quedamos en ir en verano, espero vivir para cazar con un rey.
* Sir Henry –dijo observándolo de reojo- entiende que dentro de seis meses usted estará muerto.
* Sí –respondió Stanley, inmutable, sin notar que aún no era caballero.
* ¿Qué le dirá a su mujer?
* No lo sabrá.
* El dolor es insoportable.
* No lo sabrá. Usted me dará pastillas y usted no dirá que estuve aquí.
* No puedo –dijo el médico, como si se sintiera escuchado- si lo descubren me pueden cerrar el consultorio.

Henry escuchó una voz lejana, su abuelo con la voz ronca explicándole qué hacer, cómo solucionar un problema, los errores que cometía.

John Rowlands recordó noches frías y caminó por el pasillo del hospital. Las enfermeras lo volteaban a ver. Caminó seguro pero apresurado, con el saco sobre el hombre derecho y la mano firme, con orgullo. Caminó por el pasillo iluminado del hotel. Entró al cuarto y observó sus libros sobre la cama. Los acomodó lentamente sobre el escritorio, tomó un vaso de agua y apagó la luz. El sol se filtraba por el ventanal. Observó el reloj en su buró. Cinco, veintitrés. Stanley suspiró con la frente viendo el techo, la cabeza sobre un cojín y el cuerpo sobre la cama.

* Maldito cáncer –dijo, furibundo- seis meses…

Observó las grietas en el techo, como asteroides que se incrustaban en los cielos. Stanley pensaba en todo lo que debía hacer en esos meses.

* Mierda.

9

El 10 de mayo de 1904, cuatro años después de que le diagnosticaron la causa de muerte, Sir Henry Morton Stanley murió en su casa, rodeado por Dorothy, su mujer, y su hijo, Denzil. Durante los cuatro años que agonizó en silencio, Henry escribió su autobiografía, mintió.

10

Henry Morton se dio cuenta que no había logrado la gloria que se propuso al llegar a América y recorrió moteles anónimos.

Le escribió cartas a Katie Gough-Roberts, una joven mujer que había conocido en Denbigh, le contó sus planes, inventó negocios y describió casas como si fueran propias con sólo conocer la fachada. Ella le respondía. Él le propuso matrimonio. Ella aceptó y a los pocos meses se casó con un arquitecto inglés. Él firmaba las cartas con un repetitivo, “con cariño, John”. Ella no olía las cartas al recibirlas, sólo las acomodaba en el cajón que su madre nunca revisaba.

En la última carta le contó de su viaje a África. Ella pensó que los bastardos nunca tendrían suerte. Temió que fuera devorado por leones, elefantes o animales mitológicos.

11

Mi nombre fue John. Mi nombre fue John Rowlands. Mi nombre fue Mr. Rowlands. Mi nombre fue Mr. John Rowlands. Mi Nombre fue Robert McCarthy. Mi nombre fue Frank Johnson. Mi nombre fue Roger McCalister. Mi nombre fue Daniel Jordan. Mi nombre fue J. R. Rolling. Mi nombre fue Henry. Mi nombre fue Henry John Rowlands. Mi nombre fue Morton. Mi nombre fue Henry Morton Rowlands. Mi nombre fue Stanley. Mi nombre fue Henry Morton Stanley. Mi nombre fue Henry Parker. Mi nombre fue Mr. Stanley. Mi nombre fue Mr. Henry Morton Stanley. Mi nombre fue Sir Henry Morton Stanley. Mi nombre es Bula Matari.

12

El reportero se acercó a Henry Morton Stanley, le estrechó la mano y le pidió que lo acompañara a una pequeña sala donde podrían charlar, era el 15 de enero de 1899 y Henry Morton caminaba con dificultad. Se sentaron en un sillón de piel café y Henry acomodó su bastón sobre la mesa de caoba. El reportero sacó su libreta y ordenó un par de papeles.

* ¿Quieren algo de beber? –preguntó un mayordomo, con levita almidonada.

El reportero negó con la cabeza.

* Un whisky –respondió Henry Morton. Eran las once de la mañana.

El mesero se fue, los hombres permanecieron sentados.

* ¿Empezamos? –dijo Henry con impaciencia.
* Claro, señor –dijo el reportero, nervioso –queremos, en el New York Herald…

Henry recordó viejas épocas.

* Hace mucho no hablo con Gordon Bennett –dijo, lejano- ¿sigue dirigiendo el periódico?
* El padre murió en 1872.
* Eso lo sé, hijo –reprochó Henry Stanley, como si lo trataran como a un niño.
* El hijo aún dirige el diario, él me pidió que lo entrevistara.
* Espero no nos tardemos mucho, en una hora tengo una cita médica.

El mesero llegó con el whisky.

* ¿Todo bien? –preguntó el reportero y se dio cuenta de su error.

Henry Stanley percibió la pregunta como familiaridad, con el descaro de los estadounidenses, pero no se ofendió. Contuvo el vaso sobre la mesa y escuchó las preguntas, sin tener mucho que decir.

* Desde hace cuatro años sirve en el Parlamento.
* Es un gran honor.
* Y este año lo quieren hacer caballero.
* Es un gran honor –repitió Henry, en respuesta ensayada.
* Algunos no están de acuerdo.
* Respeto todas las opiniones, aunque lo merezco –dijo Henry y le dio un sorbo al trago.
* Ahora, en el periódico deseamos saber cómo era su vida antes de ser explorador.
* No hay mucho que contar. Mi vida comenzó cuando fui a buscar al Doctor Livingston.
* Sé que no se llamaba Henry Morton -Henry lo escuchó, curioso- sino John Rowlands.
* Hace mucho no escuchaba ese nombre.
* Me puede contar algo de su infancia.
* No recuerdo mucho.
* Cuéntenos de su madre.

Henry lo vio con coraje, apuró el vaso y recordó.

**13**

* Les presento al Nuevo Colón –interrumpió Mark Twain, un noviembre de 1886.

Henry bajó la cabeza, para que no vieran que sonreía.

**14**

Henry Parker sintió el fracaso sobre sus hombros. Sintió los años perdidos, se sintió tan lejos de la gloria que había buscado hacía diez años, estancado en esa granja, leyendo algunos libros y creando un estilo que le permitiera inventar lo que vio en África, lo que Henry Morton vivía a sus expensas. Cada vez que recordaba la sonrisa de Morton, un pequeño escalofrió lo invadía. Cuando escuchaba las frases de sus detractores sobre sus métodos, él les creía, se encerraba en casa y recreaba los paisajes que había visto cuando estuvo en África, el pasado le permitía rellenar los telegramas y cartas que en ocasiones le llegaban. En otras ocasiones tenía que inventar cascadas y gigantes.

**15**

Una flecha se incrustó en la rama partiendo una zanja del árbol. Henry sintió un líquido que caía sobre su cabeza, una lágrima blanca que se escurría sobre el cabello oscuro. Escuchó gritos de los negros, sin hallarlo. El africano se sostuvo sobre la raíz y arquea los pies, sujetos a los barrotes del árbol como si fuera un perico. Henry sentía la respiración agitada del indígena, observaba su arco tenso, su espalda brillante, los testículos enormes y una línea de tela que no ocultaba el cuerpo. Henry no podía dejar de verlos, sentía un hormigueo en las manos y escuchaba los silbidos de las aves que se colaban entre los gritos fúricos de los hombres que acompañaban al negro de miembro eterno sujeto entre dos enormes testículos lampiños. El negro arrancó la flecha y se limpió la baba de caucho que le escurría por la mano. Los negros avanzaban hacia el este. Henry los escuchaba partir y sintió el ojo arder. El hilo blanco se coló por el lagrimal y se mordió un dedo para no gritar. Se talló el ojo con la manga de su camisa blanca, repleta de tierra y gotas de sangre. El ojo le palpitaba, con la tela gruesa rascaba la órbita y añoró un río. Sintió la máscara de oro cerca de su cuerpo. Pero ello ya no le tranquilizaba.

**16**

Dorothy permaneció sentada en el asiento de su sala. Tenía los vidrios cerrados, un cigarro en la mano, sin encender, y lloraba desconsolada. A diferencia de otros días, no tuvo que encender la radio, sólo se cercioró de que los vidrios estuvieran cerrados y soltó los hombros, porque sí. Observó los muros altos de la casa. Sintió el temblor, imperceptible, del ojo, una lágrima resbalaba. Deseó morir así, como Henry, dormida. Limpió la lágrima con la manga del vestido azul y observó su reloj, aún le quedaban quince minutos y pensó si debería de abrir las ventanas antes de prender el cigarro. Se escuchó un estruendo. Una puerta que se cerraba y un niño lloraba. Él no estaba ahí para defenderla de leones victorianos. El cigarro cayó bajo el asiento, fumante.